

NOTAS SOBRE EL SENEQUISMO HISPÁNICO

LA SOBRIEDAD EN LA PSICOLOGÍA NACIONAL
ESPAÑOLA

ALEJANDRO PERDOMO FERMIN

Bastante podríamos decir de la naturaleza, el psique y el carácter de la raza española, que en términos generales no solo viene a incluir a peninsulares sino a una buena parte de los americanos. Aunque, ciertamente, pudiéramos trazar similitudes entre las regiones españolas, o los pueblos españoles, distan todos estos pueblos y razas de ser homogéneos. España se funda en la diversidad, en lo heterogéneo, en lo particular. Dentro de la psicología nacional española, podemos encontrar rasgos históricos tales como el estoicismo, asociado a la austeridad y la sobriedad, la intransigencia o el fanatismo, el individualismo, ente otras que, por la naturaleza de este ensayo no hace falta describir, pues se aleja de su objeto.

En la Reconquista, en la conquista de América y en la época de apogeo español, el Siglo de Oro, se defendieron a capa y espada los valores hispánicos por todo el mundo. La cosmovisión española fue ejemplar, de manera que sirvió de dique contra aquel mundo europeo que poco a poco se fracturaba. Un ejemplo histórico podemos hallarlo en Ginés de Sepúlveda que, por medio de la defensa de los títulos de conquista, afirmó que los españoles poseían prudencia, ingenio, fortaleza, esfuerzo bélico, humanidad,

justicia, religión y sobriedad.¹ El propósito de este ensayo es reconstruir la idea de una «sobriedad española» según los ejemplos recogidos en la historia de la civilización española o ibérica. Ángel Ganivet permite trazar en principio esta idea, que él asocia con el estoicismo. Como ética y pensar penetra en la España romana; pues ella ha engengrado al filósofo Séneca. En sus palabras:

Cuando se examina la constitución ideal de España, el elemento moral y en cierto modo religioso más profundo que en ella se descubre, como sirviéndole de cimiento, es el estoicismo; no el estoicismo heroico y brutal de Catón, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado de Epicteto, sino el estoicismo natural y humano de Séneca.²

Séneca constituye ya un ejemplo primigenio del genio español. El filósofo hispano-romano «no es un español, hijo de España por azar: es español por esencia».³ No hay nada más español, dice Ganivet, que el «mantenerse firme», «ser un hombre». La cristianización de España, que se corresponde naturalmente con aquella llama grecorromana que había en Hispania, fue la gran síntesis que, poco a poco, formaría lo hispano como lo conocemos hoy día. Estoicismo y cristianismo se encontraron, fundiéndose en una cosmovisión civilizatoria original. De modo que, «por este encaenamiento natural, el cristianismo encontró el terreno preparado por la moral estoica, la cual había sembrado por el mundo doctrinas nobles, justas y humanitarias; pero carecía de jugo para fertilizarlas».⁴ Altamira es de la opinión de que los españoles pueden menos diestros en otros aspectos pero en lo concerniente a

1. Rafael Altamira y Crevea, *Psicología del pueblo español* (Barcelona, 1900), p. 88.

2. Ángel Ganivet, *Idcarium español* (Madrid, 1905), pp. 5-6.

3. *Ibid.*, p. 6.

4. *Ibid.*, p. 10.

lo moral, los españoles tienen una posición superior reconocida por otras naciones. De aquí a que considere lo siguiente:

La grandeza moral que se revela en las mismas predicciones de Las Casas y sus discípulos, y en la doctrina jurídica tocante a los indios que proclama nuestra legislación colonizadora (según confiesan Zimmermann y Haebler); la caballerosidad, la gravedad, la hidalguía, la fidelidad, la sobriedad, cierto sentido ideal de la vida y otras cualidades, que los mismos extranjeros han concedido siempre a los españoles.⁵

Gustavo La Iglesia y García afirma que «si el español pudiera prescindir de sustento y de abrigo, sería ciertamente el ser más dichoso de la creación, justamente por la sobriedad estoica», ya que «es indiscutible que los climas duros, rigurosos, y en ellos la lucha por la vida, en forma de adquisición de pan, carne, combustible, vestido y hogar, generan progreso y civilización».⁶ Razón no le falta, pues España ha sido una encrucijada de pueblos foráneos, la provincia predilecta, el crisol de naciones y el solar de una civilización que perdura aún sobre más de veinte naciones. De soportar invasiones y largas ocupaciones, pasaron a ser un pueblo conquistador que dotó a otros tantos pueblos de religión, una fórmula política y una serie de instituciones.

España es una nación con un fuerte sentido providencialista y que, debido a su naturaleza imperial, adopta el universalismo como medio de expresión civilizatorio. Un pueblo acostumbrado a lo difícil y a lo imposible. Hay que reconocerlo. El español logra lo imposible porque entiende el tortuoso camino de las naciones, de allí a que se hayan hecho tantos sacrificios dentro del acontecer histórico español. Fouillée, conocido lector de Ganivet, llega a una

5. Ibid., p. 10.

6. Gustavo La Iglesia y García, *El alma española: Ensayo de una psicología nacional* (Madrid, 1900), p. 102.

conclusión similar sobre el carácter sobrio y estoico de los españoles: «La voluntad del español, gravitando sobre sí misma, se exterioriza difícilmente en grandes iniciativas, expresa menos de lo que siente, resiste, se priva y padece».⁷

En la formación del espíritu español ha influido el espíritu castellano —lo que bien podríamos denominar castellanidad— porque éste se ha extendido por toda España, ha comprimido a todas las Españas y las Españas han acabado castellanizándose porque lo español está impreso en lo castellano y viceversa. Esto lo han notado todos los historiadores, sociólogos, filósofos y escritores que se han ocupado de la cuestión española. La obra del francés Fouillé puede servir en muchos aspectos aunque el tiempo le haya pasado por encima, en el sentido de que muchas de sus conclusiones están desfasadas y otras, por ejemplo, están cubiertas de tópicos relacionados a cómo percibe un extranjero al español. Esperar halagos de un francés es, en exceso, complicado.⁸

En su miseria disimulada conserva la actitud orgullosa del conquistador y amo. Solemne, altanero, muy celoso de su honor, apático ante las necesidades de la vida, el castellano, que impuso su dominio a España entera, es poco querido del resto de los españoles; no por eso deja de tener quizás las cualidades mejores de la raza. A pesar de tantas diferencias regionales, el español tiene una fisonomía distinta y

7. Alfred Fouillé, *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos* (Madrid, 1903), p. 194.

8. Como en toda obra, hay aspectos rescatables. En variedad de páginas de la obra de Fouillé se ha dicho que las Indias, todavía parte integrante de la Monarquía hispánica, era menos productiva o eficiente que Inglaterra, como Inglaterra cobraba las rentas de sus colonias sin hacer nada mientras que España estaba enferma por la minería de oro y plata pero no conseguía resultados porque todo lo importaba. En este punto habría que decir que no todo es blanco y negro en la historia económica y colonial de América porque hubo grandísimos logros de los que poco se habla en contraste con los fracasos o los errores. Lo fundamental es discernir y trabajar las fuentes cuidadosamente. Aparte, el autor ha dicho reiteradas veces que Hispanoamérica, por ejemplo, no pertenece al bloque latino por su composición mestiza.

única. Ha conservado en todos los sitios un ideal de virilidad, y aun de virilidad heroica: este ideal, presente siempre ante el espíritu de la nación, explica mucha de sus mejores tendencias, lo mismo que sus defectos. En todo español típico hay un Don Quijote, idealista y soñador, y un Sancho Panza, observador y amante de la realidad.⁹

España se ha expandido por el mundo, dilatando su realidad nacional y cruzando los océanos; ha echado raíces y ha engendrado a las Indias. A pesar de esta palpable grandeza, de este genio imperial que ha pasado a los anales de la historia como un equivalente a Roma, se halla un pueblo virtuoso atacado por todos los frentes, replegado internacionalmente a las fronteras de su gran autarquía. Aquella idea surgida en la Reconquista, convertida en imperio universal, bebía del espíritu cristiano. Así como el imperio se le fue prometido a Jafet, de acuerdo a Campanella, también se le fue prometido a los españoles.¹⁰

Los reyes españoles, en su condición de monarcas, fueron ejemplares. Desde los piadosos Reyes católicos, pasando por la casa de Austria y concluyendo en la bella flor de lis que gobernó bajo el signo borbónico. El pueblo español, aparte de monárquico, fue imitador de sus reyes. Decía Campanella: «Hay que tener en cuenta que los pueblos por naturaleza siguen las costumbres de sus príncipes. Por eso Platón acostumbraba decir: Corregido el rey, se corrige todo el reino, sin necesidad de ley».¹¹ La monarquía, independientemente de su modulación política en Reino o Imperio, es, como decía don Antonio Aparisi y Guijarro, el gobierno menos imperfecto: «Nosotros sabemos que entre las imperfectas formas de gobierno, la menos imperfecta que se

9. Fouillée, *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*, p. 199.

10. Tomás Campanella, *La monarquía hispánica*, trad. Primitivo Mariño (Madrid, 1982), p. 23.

11. *Ibid.*, p. 57.

conoce en el mundo es la monárquica». ¹² Un rey virtuoso es todo lo que necesita un pueblo virtuoso, pues uno es el reflejo del otro.

España se despobló a costa de llevar la civilización a los confines de la Tierra. España llevó la Cruz en barco. Logró lo imposible, el espíritu español, pese a sus defectos atávicos, era movilizado por una idea trascendental que sólo puede pertenecer a los pueblos de vertiente cristiana. La raza española se percibía como una nación elegida por la Providencia, en una suerte de pacto, para llevar la religión católica y el reinado social de Cristo a todos los confines de la Tierra. El legado hispánico no pasa desapercibido en las páginas de la historia. Decía Friederici: «La importancia de un pueblo en la marcha de la historia universal se mide, ante todo, por sus realizaciones en materia de colonización». ¹³ El éxito de una nación, de una civilización, puede medirse en términos de su actuar piadoso, caritativo y ejemplar con otros pueblos.

LA SOBRIEDAD ESPAÑOLA EN EL TIEMPO

Ramón Menéndez Pidal en su obra *Los españoles en la historia* dedica el primer capítulo de la misma a la «sobriedad española». Partiendo de la sobriedad, expone una serie de rasgos que forman parte del español: desinterés, apatía-energía, humanitarismo-confraternidad, tradicionalidad-misoneísmo y, finalmente, frutos precoces-frutos tardíos. En esta cuestión no hay determinismos de ningún tipo, mucho menos de naturaleza geográfica. ¹⁴ Los

12. Antonio Aparisi y Guijarro, *Discursos políticos y académicos* (Madrid, 1873), p. 274.

13. Georg Friederici, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América: Introducción a la historia de la colonización de América por los pueblos del Viejo Mundo* (México, 1973), p. 255.

14. Con esto no pretendemos negar, por supuesto, que la geografía influye en la gestación de pueblos y culturas. Ya que, como afirma G. M. Foster, «todas las diferencias geográficas y climáticas de España han ofrecido su concurso al desarrollo de las muchas subculturas regionales del país». *Cultura y conquista: La herencia española de América* (Xalapa, 1962), p. 57.

pueblos desarrollan virtudes, costumbres y práctica a raíz de sus cosmovisiones o ideas trascendentales. En España, por lo menos, hay un encuentro palpable entre el cristianismo y la filosofía grecorromana. En contraposición a Miguel de Unamuno, que como otros autores cree que la sobriedad española viene de la dureza geográfica del medio castellano, Menéndez Pidal contesta lo siguiente:

La sobriedad es la cualidad básica del carácter español, que no depende de un determinismo geográfico castellano, y es tan general que, partiendo de ella, podemos comprender varias de las otras características que ahora nos importa notar.¹⁵

Menéndez Pidal también identificará muchas de estas características psicológicas relacionadas a los pueblos hispánicos en todos sus períodos de desarrollo histórico, político y social. Por ejemplo, en la época de provincia romana, con la incursión germánica, con la formación del Reino visigodo y en la época de los reinos, de los taifas y con la unificación castellana. Sobre el origen primigenio de una Hispania, de una España que se acerca al concepto político, podemos partir del III Concilio de Toledo.¹⁶ En un balance general del senequismo español, Menéndez Pidal afirmó que, incluso en la época de mayor apogeo de España y mayor flujo de

15. Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia* (Madrid, 1991), p. 60.

16. Véase lo dicho por don Marcelino Menéndez Pelayo: «Esta unidad se la dio a España el Cristianismo. La Iglesia nos educó a sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos nación, y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso. No elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista ni la sabiduría de los legisladores: la hicieron los dos apóstoles y los siete varones apostólicos [...] la cantó Prudencio en versos de hierro celtibérico; triunfó del maniqueísmo y del gnosticismo oriental, del arrianismo de los bárbaros y del donatismo africano; civilizó á los suevos, hizo de los visigodos la primera nación del Occidente». *Historia de los heterodoxos españoles*, 3 vols. (Madrid, 1880), III, p. 833.

metales, de bienes exóticos y grandes riquezas, las casas de los españoles seguían amuebladas de forma ordinaria y sobria. Los reyes, pese a los materiales empleados en sus vestimentas y el nivel de detalle de los mismos, solían apegarse a un estilo que expresara medida y seriedad. Véase el siguiente extracto de la obra de Menéndez Pidal:

La más aguda descripción del carácter español en la antigüedad, la del galo Trogo Pompeyo, comienza diciendo que el hispano tiene el cuerpo dispuesto para la abstinencia y el trabajo, para la dura y recia sobriedad en todo; *dura omnibus et adstricta parsimonia*. Y desde Trogo hasta hoy abundan las noticias relativas a cierta austera sencillez, y más aún, cierto chocante descuido que en España revisten varias formas de la vida. Basta recordar que durante los siglos en que aflúan a la Península todos los metales preciosos del Nuevo Mundo, los extranjeros encuentran nuestras casas amuebladas más modestamente que las francesas, las comidas muy parcas, incómodas las aulas universitarias, donde los estudiantes tienen que escribir sobre la rodillas, nuestros mesones muy inhospitales, la urbanización de Madrid muy deficiente, lo cual tenía preocupado a Felipe II...; un tipo de vida, en fin, poco esmerado en la comodidad. Es decir, que todas las riquezas que ganaban los indios y las que anualmente traían las flotas del Estado, no eran aplicadas por los españoles al bienestar y regalo de la vida privada ni a la suntuosidad, o, al menos, a suficiente arreglo de la vida urbana. Y el español de hoy puede también contentarse con poco. Continuamente presenciamos ejemplos vulgares en la vida cotidiana donde vemos juntos la sobriedad y el trabajo intenso que ya Trogo emparejaba. El más humilde de esos ejemplos, el segador de nuestros campos, ofrece un asombroso espécimen de la *dura et adstricta parsimonia*: bajo el calor más sofocante del verano, sin otro fresco

que el agua tibia del botijo, mal vestido y mal comido, parece carecer de todo menos de conformidad, de alegría y de esfuerzo.¹⁷

Esto puede servir de testimonio de la sobriedad hispánica dentro del pueblo llano, virtud que viaja con el pueblo hispánico por siglos. Incluso, como ya habíamos dicho, antecede a la España cristiana. Esto contrasta, sin duda, aquella visión de Fouillée sobre el mercantilismo español y la ambición española con el oro, que le llevaba a ser ineficiente en todas las áreas manuales e industriales. Por el contrario, los fondos provenientes de las indias se priorizaron en la urbanización del Nuevo Mundo y en su defensa, ante potencias enemigas que pretendían depredar a las Indias como terminaría apreciándose tras las independencias.

El español, duro para soportar privaciones, lleva dentro de sí el *sustine et abstine*, «resiste firme y abstente fuerte», norma de la sabiduría que coloca al hombre por cima de toda adversidad; lleva en sí un particular estoicismo instintivo y elemental; es un senequista innato.¹⁸

El español no es un simple, vulgar y feliz extractor de oro, un enamorado de las materias primas. No hay codicia en la obra española en América, ni en Europa, sin negar los logros materiales y económicos de los que puede hablarse fruto de cualquier proceso de conquista o de hegemonía política.¹⁹ Por supuesto que los imperios, las comunidades políticas, persiguen también fines

17. Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, pp. 60-61.

18. Ibid.

19. La Corona invirtió, pese a la creencia contraria, grandes sumas de dinero para la civilidad de la América indiana. Por ejemplo, para citar a Elliott: «Hacia 1700, la América española podía hacer alarde de diecinueve universidades, en contraste con los dos colegios universitarios de la América británica, Harvard y William and Mary que ascendían a tres con la fundación de la futura Universidad de Yale en 1701». *Empires of the Atlantic world: Britain and Spain in America, 1492-1830* (New Haven, 2007), p. 245.

materiales pero no hay que olvidar, como es en el caso de España, los fines espirituales. En América se priorizó el fin espiritual, pues la evangelización de los indígenas y el fortalecimiento de la religión católica fueron las dos grandes tareas de la Corona. Y sin esos esfuerzos, hoy difícilmente veríamos a millones de hispanoamericanos rezándole a Dios, formando parte del Cuerpo Místico o rindiendo el más alto culto al Señor. Nuevamente acudimos al gran Menéndez Pidal para dar mejores luces sobre el tema:

En virtud de ese senequismo espontáneo, el español, por lo mismo que soporta con fuerte conformidad toda carencia, puede resistir las codicias y la perturbadora sollicitación de los placeres le rige una fundamental sobriedad de estímulos que le inclina a cierta austeridad ética, bien manifiesta en el estilo general de la vida: habitual sencillez de costumbres, noble dignidad de porte notada aun en las clases más humildes, firmeza en las virtudes familiares.²⁰

De la soldadesca española jamás nos cansaremos de hablar. He aquí el ejemplo abnegado de austeridad, disciplina y esfuerzo. Los soldados de los Tercios pelearon en todos los confines del mundo en honor a Dios y a la Corona. Bajo las peores condiciones, en inferioridad numérica, entre otros factores típicos del arte militar, prevalecieron como estoicos soldados capaces de morir por la hegemonía de la religión verdadera en el mundo. El soldado español es, de hecho, soldado y poeta. Para Juderías, «en España las artes y las letras han sido no ya auxiliares, sino compañeras inseparables de las armas».²¹ El ejército estaba compuesto por hidalgos y caballeros, por eso continua Juderías diciendo lo siguiente: «El Gran Capitán se distinguió por su afición al trato con literatos y Prescott dice que más parecía inclinado a las artes

20. Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, pp. 60-61.

21. Julián Juderías, *La leyenda negra: Estudios acerca del concepto de España en el extranjero* (Barcelona, 1917), p. 161.

de la paz que a las de la guerra». Al respecto, decía Menéndez Pidal:

Da ejemplo preferible el soldado español de otros tiempos, pues aunque también se amotina como cualquier otro por falta de paga, sabe sobreponerse cuando la situación lo exige. Al irse a dar la batalla de Pavía, los españoles ceden sus pagas y hasta entregan sus peculios personales a Pescara para satisfacer a las tropas auxiliares tudesca.²²

Entre los monarcas, especialmente en los Trastámara y la casa de Austria, también es común encontrar episodios nacionales que reafirman el punto aquí esbozado. Carlos V y Felipe II, a los que suelen denominar Austrias Mayores, son ejemplos de sobriedad, vida cristiana —sin caer en la idolatría, pues eran tan humanos como el resto de los españoles— y humildad. Mucho sabemos sobre las costumbres del César y de su hijo, Felipe. Vemos en ellos arquetipos ejemplares, dignos de emulación. De acuerdo a Menéndez Pidal, en los españoles puede encontrarse una serenidad derivada de su estoicismo:

Esa tranquilidad de espíritu es la virtud tan alabada en Carlos V, modesto en los éxitos, ecuánime en las adversidades, cuyo único gesto al saber en Madrid la magna victoria de Pavía, fue el retraerse a su oratorio para dar gracias a Dios porque había querido manifestar su justicia; pero habiendo sido la victoria a costa de sangre cristiana, no permitió regocijos en la corte.²³

El estoicismo tiene larga data en España, pues ya estaba arraigado en la tradición medieval. Recordaba Silvio Zavala que «entre los juristas de la Edad Media todavía se encuentran huellas del

22. Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, pp. 60-61.

23. *Ibid.*, pp. 68-69.

pensamiento estoico y cristiano». ²⁴ La Monarquía católica, o lo que conocemos en la historiografía como Imperio español, es un ejemplo de la prolongación de las ideas medievales en el Renacimiento europeo. ²⁵ Friederici recordaba el ejemplo de los soldados españoles en las diversas campañas a lo largo del globo, pues eran tenaces y estaban acostumbrados a la vida marcial, que no era particularmente leve.

Por sobre la valentía se destacaban aún más, entre los soldados y colonos españoles, la tenacidad, el temple infatigable y, si necesario era, también la frugalidad, cualidades inseparables de los genios de la victoria y que los españoles de aquel tiempo demostraron a tal punto y con tal grandeza como tal vez ningún otro pueblo en la Historia. ²⁶

Aunque Friederici dice que el pueblo español, en ocasiones, podía ser pomposo y tener algunos excesos, reconocía que igualmente tenían una vida sencilla y que podían adaptarse a las circunstancias geográficas, climáticas y económicas del momento. Bien es cierto que muchos pueblos en el largo acontecer histórico han demostrado virtudes similares, incluso adaptándose a vidas complicadas en sus respectivos medios geográficos pero el pueblo español, que además de aventurero es entregado a las causas, ha podido dar cátedra con la producción de grandes hombres: desde teólogos, pasando por soldados hasta estadistas. Este fragmento de la obra de Friederici es ilustrativo:

El pueblo español, visto en su conjunto, era un pueblo frugal; y aunque es cierto que todas las clases sociales de España gustaban de la pompa y la ostentación, hasta llegar

24. Silvio Zavala, *La filosofía política en la conquista de América* (México, 1995), p. 44.

25. Fernán Altuve-Febres Lores, *Los Reinos del Perú: Apuntes sobre la monarquía peruana* (Lima, 2001), pp. 74-75.

26. Friederici, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, p. 424.

al derroche en las grandes ocasiones y solemnidades, los españoles vivían por lo general de manera muy sencilla, comían poco y eran parcos en el beber. Acostumbrados a llevar ropas calientes y llevar armadura, eran capaces de soportar el ardor de los trópicos y el peso de la coraza con mayor resistencia que, por ejemplo, los franceses. Menudos de cuerpo en comparación con los alemanes, eran, sin embargo, membrudos, recios y de gran energía vital: cuando no encontraron prematuramente una muerte violenta, muchos conquistadores alcanzaron una avanzada edad, como Bernal Díaz, Gastellanos, Francisco de Carvajal, Pedrarias Dávila o Benalcázar. Eran infatigables en la lucha contra los elementos y contra los hombres y en medio de tales luchas y sufrimientos encontraban el modo de estar alegres y la energía necesaria para divertirse, aunque muchas veces, es verdad, a costa de su salud: «Pelear con los turcos y danzar con las damas», dice Oviedo en el estilo de los viejos romances, y Las Casas apunta como una característica de los españoles el que cuanta más hambre pasan, más duros e inflexibles parecen para soportar las calamidades. Parecidos a esos exploradores del mejor temple que, en las horas de los sufrimientos, las plagas y los peligros, en medio de las montañas de la selva virgen o bajo las lluvias torrenciales de los trópicos, pueden tener momentos de debilidad, abatimiento y de reproches contra sí mismos, pero que todo lo olvidan enseguida y se muestran de buena gana dispuestos a empeñarse en nuevos esfuerzos, tan pronto como vuelve a brillar el sol, iluminando sus metas, así eran también los conquistadores, prestos siempre a olvidarse de los peligros sufridos y de sus maldiciones y blasfemias contra ellos y a someterse con esforzado ánimo a otros nuevos. «Y así han

andado y andarán en estas conquistas, hasta que mueran o tengan de comer».²⁷

El español se forjó nacionalmente como el romano, pues de aquella gran civilización proviene España. Los hombres de la península itálica, formadores de una pequeña república céntrica como la romana, capaces de unificar su hogar, extenderse por el Mediterráneo, incluso destruyendo a su enemigo cartaginés, y generar tantas provincias por el sur de Europa, hasta la frontera germánica, para luego llegar a África del norte y al Medio Oriente. Un pueblo agrario logró cimentar la civilización más importante de todos los tiempos, pues la civilización romana era también la griega, la persa, la babilonia y la egipcia. Roma había aglutinado a todas las grandes tradiciones imperiales y culturas nacionales de su época.²⁸ ¿No podríamos hacer un examen similar de los españoles como formadores de una gran civilización? Véase lo dicho por Menéndez Pidal:

El «no importa» imperturbable y contento, unido a la sobriedad, suscita desde muy antiguo en los españoles la convicción de que ellos son más fuertes sufridores de trabajos que los demás pueblos, y que eso les permite un despliegue de acción vedado a otros [...] Después, cualquier relato de nuestras guerras o exploraciones registra episodios ilustrativos de una extraña resistencia para la fatiga y la inedia, de una común impavidez ante los peligros y la muerte. Por esa recia complexión física y espiritual, inagotable en sus reservas de energía, se explica gran parte de nuestros hechos históricos, y desde luego los más trascendentales, desde la tenaz guerra antiislámica, según el parecer de los historiógrafos citados, hasta las innumera-

27. Ibid., p. 425.

28. Peter Ramsey y Richard Seller, *El Imperio Romano: Economía, sociedad y cultura* (Barcelona, 1991), p. 209.

bles empresas en el Viejo y el Nuevo Mundo al comienzo de la Edad Moderna. Para descubrir tierras y océanos que forman un hemisferio entero de nuestro planeta, para explorar, dominar y poner en civilización inmensos territorios, sujetando mil tribus y vastos imperios bárbaros, no necesitaron los españoles sino el corto tiempo de cinco decenios; hubiera necesitado cinco siglos cualquier otro pueblo menos fuerte ante las privaciones y los riesgos que exigiera organizar sus empresas reduciendo al mínimo las incomodidades y las contingencias desfavorables. Doscientos años costó a Roma el dominar las tribus bárbaras de sólo España.²⁹

Parece inconcebible que un pueblo marcado por el individualismo, las particularidades nacionales, las costumbres autóctonas y los fueros, se hayan unido en perfecta unión para formar la comunidad política más estable de su época. Ahí radica la grandeza y la fuerza española: en la diversidad. Sin dejar de lado el aspecto psicológico del español, del que hemos venido hablando largamente en todas estas páginas, pues contribuye a la realización de esta empresa universal. Séneca se verá exportado al Orbe indiano bajo la Cruz. Atendamos ahora la opinión de Rafael Altamira, ya que él mismo llega a observar que en el ámbito palaciego, en la vida cortesana, la Corona muestra en interés en mostrarle a la aristocracia un modo de vida más cristiano. Es decir, acabar con la pompa y los excesos, puesto que son contrarios a la templanza.

Los Reyes Católicos quisieron cortarlo [el lujo], menudeando las pragmáticas o leyes suntuarias (alguna de ellas, ya citada) y los moralistas tronaron contra él y contra las fiestas cortesanas. Ejemplo de estas predicaciones son los dos Tratados que escribió Fray Hernando de Talavera: uno, del vestir, del calzar y del córner y otro de cómo se ha

29. Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, pp. 70-71.

de ocupar una señora cada día, para pasarle con provecho.³⁰

La familia tradicional española tampoco resalta por excesos o comportamientos inmorales. Por el contrario, demuestra seguir la moral católica en todo momento, con las excepciones cotidianas que tiene toda forma de comunidad. La Iglesia, en efecto, estaba mucho más presente en la sociedad para aquel entonces. Tomando en cuenta, a su vez, el hecho de que la enseñanza religiosa era la regla y las personas, a diferencia del presente, se aglomeraban en misa. Sobre la organización familiar española en el siglo XVI, decía Menéndez Pelayo:

En cuanto a la organización de la familia en el siglo XVI, no puede dudarse que la austeridad patriarcal era grande, que la autoridad del marido se ejercía omnímoda, que el adulterio era muy raro, que las infracciones contra la ley conyugal se castigaban severamente... pero fuera de esto, las costumbres eran desenfrenadas y livianas en demasía.³¹

Como es de esperar, ninguna sociedad está perfectamente sometida a las leyes civiles y morales. No obstante, en las sociedades hay instituciones de índole natural donde es posible el ejercicio de la autoridad, como es en el caso de la familia y la autoridad patriarcal. La familia es la monarquía natural, base de lo que viene a entenderse como monarquía política, que quiere decir el gobierno «no de un pueblo por un rey, sino de un conjunto de familias por una familia». ³² La España tradicional, imperial, es un ejemplo de una comunidad natural y pluralista dilatada sobre dos hemisferios.

30. Rafael Altamira y Crevea, *Historia de España y de la civilización española*, 4 vols. (Barcelona, 1913), II, p. 546.

31. Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de España*, ed. Jorge Vigón (Valladolid, 1938), p. 104.

32. Álvaro d'Ors, *Forma de gobierno y legitimidad familiar* (Madrid, 1960), p. 35.

SOBRIEDAD, TRASCENDENCIA Y CIVILIZACIÓN

Según Oswald Spengler «la pintura antigua, en su estilo riguroso, usaba una paleta limitada al amarillo, al rojo, al negro y al blanco».³³ Siguiendo la tesis *spengleriana*, las civilizaciones se decantan por una paleta de colores en concreto de acuerdo a sus valores, principios e ideas metafísicas. Gran parte de las civilizaciones antiguas, siguiendo esta tesis, buscan la trascendencia a partir de estas elecciones artísticas y estéticas. Son reflejos de sus altos grados de desarrollo y de los principios que las movilizan, como ideas-fuerza. España misma tendrá su predilección por un grupo de colores, explicando en cierta medida la naturaleza de su ser como ente civilizatorio. Nos parece, sin lugar a dudas, una tesis original que aprecia el valor estético de las comunidades políticas que han logrado convertirse en civilizaciones.

El azul y el verde son colores trascendentes, espirituales, suprasensibles. No se dan en la pintura al fresco de estilo ático; y por eso mismo predominan en la pintura al óleo. El amarillo y el rojo, colores «antiguos», son los colores de la materia, de la proximidad, de las emociones sanguíneas. El rojo es el color propio de la sexualidad; por eso es el único que actúa sobre los animales. Es el que más se aproxima al símbolo del falo—y, por lo tanto, de la estatua y de la columna dórica—, mientras que el azul purísimo sirve para transfigurar el manto de la Virgen. Esta relación se ha impuesto por sí misma en todas las escuelas, con necesidad profunda. El violeta —que es un rojo superado, vencido por el azul—es el color de las mujeres que han perdido su fertilidad y de los sacerdotes que viven en el celibato.³⁴

33. Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente: Bosquejo de una morfología de la historia universal*, 4 vols. (Madrid, 1947), II, p. 52.

34. Ibid., II, p. 53.

Spengler considera a Venecia y a España como sociedades que priorizan el negro y el azul, a los que percibe como fáusticos y monoteístas. En nuestra opinión, podríamos hablar de una paleta particularmente sobria, con predilección a la nobleza y a la aristocracia. Es decir, un grupo de colores de alcurnia, de verdadera nobleza. A su vez, es un reflejo del catolicismo en tanto civilización. El amarillo y el rojo pueden percibirse como colores paganos, del populacho, de fiesta y escándalo. No es casualidad que entre las Españas veamos la adopción del conocido traje español, que veremos en retratos de todos los reyes de la casa de Austria y hasta en Felipe V, primero de los Borbones.

El amarillo y el rojo son colores populares, los colores de las multitudes, de los niños, de las mujeres y de los salvajes. En España y Venecia el hombre distinguido prefiere —por el afán inconsciente de mantenerse apartado y distante— un negro o un azul suntuoso. El amarillo y el rojo —colores euclidianos, apolíneos, politeístas— son, por último, los colores del primer plano social, de las ruidosas aglomeraciones, de los mercados, de las fiestas populares, de la vida ingenua y atropellada, del *fatum* antiguo, del azar ciego, de la existencia punctiforme. El azul y el verde —colores fáusticos, monoteístas— son los colores de la soledad, de la solicitud, de la gran curva que une el presente con el pasado y el futuro, del sino como decreto inmanente en el cósmico conjunto.³⁵

En las grandes culturas o civilizaciones hay predilección por los colores negro y azul. Como hemos venido explicando, hay sociedades que tienen como misión la trascendencia. Incluso si analizáramos las obras del surrealista Salvador Dalí, veríamos una dualidad en el uso de colores pero, sin lugar a dudas, una inclinación al uso del azul en muchas de sus obras. Como surrealista,

35. Ibid., II, pp. 53-54.

ciertamente quería evocar sentimientos contrarios pero no por ello, en nuestra interpretación, dejaba de lado aquella idea del azul como un color trascendente. Véase lo que dice Spengler:

Todas las culturas profundamente trascendentes, todas las culturas cuyo símbolo primario exige una superación de las apariencias visibles, una vida de lucha y de conquista, que no se abandona a lo que adviene, todas estas culturas sienten hacia el espacio la misma propensión metafísica que hacia el azul y el negro.³⁶

La etiqueta española viene a ser una consecuencia directa de esta cosmovisión estética de la Corona, de las clases altas e incluso del pueblo llano español. Hay retratos y testimonios que podrían sonar, para los estándares del presente, un tanto ridículos y quizás exagerados por aquellos espectadores, en ocasiones celosos por el éxito de España como potencia global. Pero entre las exageraciones, y ciertos comentarios malintencionados, hay algo de verdad. Para algunas Cortes europeas, en España la etiqueta palaciega era rígida, aburrida y carecía de color. Sin embargo, esto es sólo una muestra de una Corte que valora la sencillez y la seriedad de las formalidades palaciegas.

La forma más típica del *decorum español* era la *etiqueta española*, especialmente la de palacio. Jamás una corte fue tan estiradamente etiquetera como la de Aranjuez y Madrid. «Felipe II —observa Saint-Victor, que como buen francés sabe admirarse y burlarse de la “tiesura española”— hizo la corte de España a su imagen: rígida como un claustro, guardada como un harén. En su reglamento había algo de monje y algo de eunuco». El ceremonial era invariable; la alegría estaba ausente. «Los oficios del ceremonial español no se cumplían como en Francia con la

36. Ibid., II, p. 54.

agilidad del espíritu y con las gracias de la cortesía. También en trajes y rostros, entristecida por la vigilancia de la Inquisición, gobernada en su interior por dueñas intratables más puntuales que abedesas, la corte de Carlos II ofrecía el aspecto de un clero fúnebre oficiando ante un rey embalsamado». Faltaba espontaneidad [...] Imponía la etiqueta de palacio las horas para levantarse, acostarse, comer, y los vestidos, los dichos, hasta las ideas... Y dice que penetraba hasta la aleoba de los reyes. «El amor conyugal tenía su consigna y su uniforme. Cuando el rey venía de noche al aposento de la reina, debía ponerse sus zapatos como zapatillas, llevar un manto negro sobre la espalda, blandir en una mano la espada, en la otra una linterna, sorda, tener un broquel sujeto al brazo derecho, y, en el brazo izquierdo, una botella de forma equívoca... Enanos, monstruosos bufones, trataban de distraer esa corte española, como los gnomos que saltan, en las noches de luna, alrededor de los sarcófagos antiguos. Hay que verlos pintados por Velázquez para comprender toda la ibérica grosería de aquellos príncipes y cortesanos a quienes deleitaban».³⁷

En la corte española se practicaba, casi en exceso, la sobriedad tradicional española. Más interesante es ver que en el palacio era común el negro entre los reyes pero tampoco debe sorprender que la práctica de vestir de negro yace presente en el pueblo español. De acuerdo al testimonio del nuncio Camillo Borghese, Felipe II «vestía de negro con un birrete, capa y espada», la infanta Isabel de «negro, con velludo hecho a propósito, llevando a la cabeza gorra negra con una pluma blanca» y el príncipe Felipe «estaba vestido de blanco, con calza entera, espada dorada, capa y gorra a la manera del padre, pero con un gran penacho blanco». Luego refiriéndose al conjunto de los españoles que presenció en su viaje,

37. Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América* (Buenos Aires, 1918), p. 74.

decía: «las mujeres visten generalmente de negro y también los hombres».³⁸ La disputada viajera Madame d'Aulnoy,³⁹ describe también hábitos similares en el vestido:

Los caballeros van vestidos de negro con mangas de raso color, bordadas de seda y azabache. Llevan pequeños sombreros negros, con alas recogidas con broches de diamantes, plumas a un lado, magníficas bandas y muchas pedrerías; además, la capa negra y la fea golilla, que siempre los desfigura.⁴⁰

A este relato le sigue otro, del señor William Edgeman, que servía en misión diplomática en Madrid entre 1640 y 1651. Parece reafirmar la idea de que tanto los reyes, como los nobles, solían vestir de negro aunque con determinadas variaciones de color en

38. José Luis Checa Cremades, *Madrid en la prosa de viaje*, 4 vols. (Madrid, 1992), I, pp. 53-54.

39. Afirma la señora Roca Barea: «La fiabilidad del relato da idea que algunos estudiosos como Raymond Foulché-Delbosc han puesto en duda que la baronesa estuviera en España alguna vez. Esto viene por muchas razones. Primeramente, no hay constancia documental de la presencia de la baronesa en tierras españolas. Nadie la menciona y esto resulta raro. Ella nombra a mucha gente importante en aquel tiempo que dice haber conocido en España, pero nadie la nombra a ella». *Fracasología. España y sus élites, de los afrancesados a nuestros días* (Madrid, 2019), p. 48. Sobre el relato hay que ser escépticos, puesto que en su gran mayoría el contenido es subjetivo y casi panfletario, ya que de él se desprende un fuerte odio o, al menos, indiferencia a España. Puede que algunas afirmaciones estén incluso forjadas pero Roca Barea miente, o se equivoca, al sugerir que no hay evidencia documental. En 1936, el historiador francés Paul Courteault dejó clara la veracidad del viaje: «Un documento recientemente descubierto por M.G. Ducaunnès-Duval, Archivero Honorario de la Ciudad de Burdeos, parece zanjar el debate. Es un documento conservado en los archivos departamentales de Gironde, en las actas del notario Conilh. Está fechado el 19 de diciembre de 1678. Cuenta el agitado viaje que Marie-Catherine Le Jumel de Bandeville, separada de François de Lamothe, Conde de Aulnoy, Contralor General de la Casa del Príncipe de Condé, hizo de París a Burdeos para viajar a España». Véase Ángeles García Calderón, «Mme d'Aulnoy y su contribución al desprestigio de España en Europa: Relation du voyage en Espagne (1691)», *ONOMÁZEIN*, n.º 7 (2020), p. 115.

40. Checa Cremades, *Madrid en la prosa de viajero*, I, p. 63.

ornamentos o detalles del traje. Es un documento interesante, pues sirve para complementar el punto que aquí tratamos de desarrollar sobre la sobriedad española en el traje y la estética. En su opinión, la comitiva real vestía de forma rica, anticuada y oscura.

Vimos al mascarado (sic), según lo llaman, que consistía en que el Rey y los nobles, montados en bellos corceles y vistiendo rico y anticuado atuendo (con ciertos cambios de color, pues suelen llevar sólo el negro), daban una carrera, de dos en dos, con lanzas, como si fuesen a llevarse el aro, pero no había tal aro; y así hicieron en tres sitios: en la Plaza Mayor, en la Puerta de Guadalajara y en el Palacio, donde la joven Reina se sentó en una ventana para verlos.⁴¹

El señor Antonio de Brunel, en su viaje a España, relata la estética de los caballeros que participan en las corridas de toros organizadas con beneplácito real. En el contexto de la actividad relata, vemos que se trata de la antigua modalidad del rejoneo a caballo. Los caballeros descritos en el relato son rejoneadores y aunque se sugiere que visten de negro, no siempre es así como, por ejemplo, figura en este relato de 1680 en Guatemala donde Domingo Juarros describe tres días de corridas tras la inauguración de una catedral: «El segundo día, por la mañana, vinieron los mismos caballeros vestidos de color para torear, y a la tarde de negro para correr».⁴²

Es interesante que incluso en el toreo se haya difundido el uso del color negro, aunque no pretendamos generalizar con los ejemplos brindados. Nuestro propósito en este punto es señalar los patrones de vestimenta y estética que puedan darnos las anécdotas

41. Ibid., p. 64.

42. Beatriz Badorrey Martín, *Otra historia de la tauromaquia: Toros, Derecho y Sociedad 1235-1854* (Madrid, 2017), p. 443.

o los relatos históricos a disposición, según la información de viajeros o espectadores de la época. No dejamos de reconocer que las costumbres mutan y que las tendencias estéticas cambian, como también lo demostrará la introducción de costumbres francesas tras la entronización de los Borbones. Pero volviendo a Brunel, podemos extraer la siguiente información de su relato:

El traje de caballero es habitualmente negro, con espada ancha y corta y una daga; lleva el caballero varias plumas de color en el sombrero, una especie de botines blancos y acicates o espuelas doradas, a la morisca, que sólo tienen una punta.⁴³

Un detalle que ha sido destacado por diferentes espectadores del reinado de Felipe II es la sencillez del monasterio de El Escorial, que sirvió como su residencia. Si tomamos en cuenta que fue concebido como un lugar de culto, a la vez que servía como su sitio de trabajo, ya que Felipe II fue el primer rey sedentario de España y de Europa, podríamos estar de acuerdo. La idea de una residencia-monasterio no tendría que parecer tan impresionante, de manera que es entendible que existan críticas al palacio. Esto se ajusta un tanto a la descripción del nuncio Camilo Borghese del Palacio Real en 1594:

El Palacio Real, en el que sólo viven Su Majestad, el príncipe, la infanta y el cardenal de Austria, no es un edificio de gran valía para ser la residencia de un monarca tan poderoso [...] Muchos alarbaderos están vestidos de negro con la calza entera montan la guardia del palacio. Custodian al Rey, al Príncipe, la Infanta y al Cardenal.⁴⁴

Vicente Lampérez y Romea, autoridad clásica en la arquitec-

43. Checa Cremades, *Madrid en la prosa de viajero*, I, p. 84.

44. *Ibid.*, p. 30.

tura y el arte español, considera que la idea de El Escorial como un palacio es muy sencilla y que no tiene el mismo valor del monasterio real como obra religiosa. Es decir, que El Escorial fracasa como palacio pero vence como obra eclesiástica, como monasterio. ¿Pero no sería esto congruente con el fin con que se construyó El Escorial? Felipe II concibió la idea del monasterio a partir del voto que hizo a San Lorenzo tras la victoria de san Quintín. Tiene sentido que, en su génesis, se haya pensado como un lugar sobrio, monacal. Aparte, El Escorial se pensó como mausoleo y lugar de retiro. Aquella idea tenía sentido partiendo de la profunda fe de don Felipe II.

La residencia de Felipe II en El Escorial, es una pobre obra accesoria del monasterio; la fachada del mediodía del Alcázar de Toledo demuestra el talento para resolver un problema lleno de pies forzados, pero no pasa de ser un fragmento; el del palacio de Aranjuez, aún es mucho más secundario; y las otras obras palacianas o simplemente privadas que se le atribuyen o que son conocidamente suyas, no tienen verdadera importancia. Nos falta el ejemplar completo representativo, en lo civil palaciano, de un empeño similar al que, en lo religioso, es El Escorial o la Catedral de Valladolid.⁴⁵

Una autoridad en el tema fue el señor Bernard Bevan, cuya obra es imprescindible para el estudio de la arquitectura en España. En su opinión, El Escorial está relacionado a las ideas y a la personalidad de Felipe II. Quería una obra religiosa, un complejo arquitectónico monacal que sirviera de respuesta contundente a la Reforma y que fuera expresión absoluta de su fe. No estaba buscando, realmente, un palacio. Muchas veces nos cuesta creer, sobre todo cuando nos toca disertar sobre historio-

45. Vicente Lampérez y Romea, *Arquitectura española de los siglos I al XVIII*, 2 vols. (Madrid, 1922), I, p. 627.

grafía, que las razones detrás de una obra no siempre sean estrictamente materiales. Es como si dejáramos de lado el aspecto psicológico, metafísico, detrás de la génesis de esa obra. Felipe II acudió a los mejores técnicos, arquitectos, matemáticos y sacerdotes de su época para lograr la obra que tenía en mente. Materializó la idea de la fe como un elemento solemne. Por ello, dice Bevan:

La religión de Felipe no era la de los místicos españoles, ni tampoco era una mera emoción, sino que estaba honda y hereditariamente arraigada [...] Así como el florido Barroco expresaba el lado emocional de la fe —y ambos, Barroco y Escorial, crecieron como una reacción a la Reforma— El Escorial exalta la solemnidad de la fe.⁴⁶

Bien podría ser Felipe II, al que Altamira apodó el más español de todos los reyes, el arquetipo definitivo del senequismo. Don Felipe hablaba con sus actos, puesto que opuso resistencia a la herejía protestante, luchó por la hegemonía de la idea imperial en Europa, aplastó a los enemigos de la fe católica, luchó contra los infieles y fortaleció la unidad española. Un rey sabio, legislador, poeta, monje y estoico, como Augusto. El rey Felipe II es un príncipe ejemplar, uno de los pilares de lo que es ser un caballero español. En su ensayo dirigido a la figura de Felipe II, Altamira lo describe en los siguientes términos:

Justamente con su gravedad y escasa expansión (dotes contradictorias con la niñez y la adolescencia), poseía Felipe, como prendas de su carácter y de las normas o tendencias de su conducta, una gran sencillez o modestia en el tipo de vida normal; la extrema sobriedad incluso en la mesa, y una repugnancia natural a las orgías y diversiones tumultuosas a que tan aficionados eran los compa-

46. Bernard Bevan, *History of Spanish Architecture* (Londres, 1938), p. 153.

triotas de su padre, quienes caracterizaron las costumbres de la corte de Borgoña.⁴⁷

Como un rey españolísimo, conocía los usos y costumbres de los diferentes pueblos a los que gobernaba en la península, en Italia, en los Países Bajos españoles y en las Indias, por resumir las más importantes de sus posesiones reales. Felipe era un espejo en el que el pueblo podía verse, pues representaba mucho de lo que era España. Concentraba en sí mismo, como padre de un sinfín de pueblos y naciones, todas estas energías nacionales. Como decía Altamira,

Felipe II heredó la propensión secular de una gran parte de los españoles a la sencillez y sobriedad: cosa diferente del lujo en el vestir y compatible con éste, como ya se vio en Isabel la Católica, a quien su confesor la amonestó por ello más de una vez. Felipe, salvo, en los casos en que las exigencias de orden político se lo impusieron, fue también modesto en el vestir. En cuanto al color negro de sus trajes, que algunos historiadores han creído ser el que usó toda la vida, no lo fue en su juventud. El traje negro que adoptó después, tuvo origen en motivos muy ajenos a las razones de que he hablado anteriormente. Ambas cosas, la sencillez, y la sobriedad (sobre todo ésta), crearon desde un principio una antipatía invencible y recíproca entre él y los flamencos a quienes había de gobernar bien pronto.⁴⁸

Altamira alega que el traje negro de Felipe II poco tenía que ver con su modestia al vestir, y puede que sea cierto, pero el historiador británico Geoffrey Parker sí resalta el hecho de que, aunque solía vestir ropajes distintos con frecuencia, tenía propensión al

47. Rafael Altamira y Crevea, *Ensayo sobre Felipe II: Su psicología general y su individualidad humana* (México, 1950), pp. 36-37.

48. *Ibid.*, pp. 37-38.

negro. Es decir, que no descarta que esta práctica tenga relación con aquella noción de sobriedad que manejaba don Felipe. Según Parker, Felipe II prefería la dignidad a través de la sobriedad que se enseñaba en el libro *El Cortesano* de Castiglione.⁴⁹ Describe la forma de vestir de Felipe II así: «el rey vestía ropa nueva cada mes, no obstante del mismo corte y color, el negro. Así es como aparece, en la cúspide de su poder, en el "retrato de Estado" de Sánchez Coello de 1587 a la edad de sesenta años».⁵⁰

Relatos de la época ayudan a trazar los hábitos de don Felipe, tal es el caso de uno de los monjes que logró verle en la Semana Santa de 1584 en San Lorenzo: «El rey tenía ropa y gorra, que parecía puro médico: tampoco tenía espada». ⁵¹Posteriormente, en 1585, recibe a su yerno, el duque de Saboya, con solo un «vestido negro, sin pompa alguna, con su Toisón de Oro», similar situación acontece durante el «desposorio de su hija» puesto que todos los invitados vestían con lujo y pompa mientras que el rey Felipe II «iba muy llano, de vestido negro común con los ciudadanos».⁵² Todos los relatos de la época parecen coincidir en sus hábitos, en su forma de vestir y en su característica sobriedad. Era la percepción que quería transmitir como príncipe cristiano. Por otro lado, el político e intelectual Valentin Gómez describió así a Felipe II:

Erró como Rey falible; pecó como hombre flaco; pero ni sus errores denotaron malicia, ni sus flaquezas corrupción. No había atractivo en su carácter; pero tampoco negras sombras en su voluntad. Afable con todos, amigo de los pequeños, cuidadoso de los necesitados, sobrio en las palabras, serio en el semblante, duro en la apariencia, débil en el fondo, es el Rey a quien la historia ha dado el sobre-

49. Geoffrey Parker, *Felipe II.: La biografía definitiva*, trad. Victoria E. Gordo del Rey (Barcelona, 2010), p. 795.

50. Ibid.

51. Ibid., p. 797.

52. Ibid.

nombre de, Prudente, digno del respeto de los hombres pensadores y de la afectuosa admiración de los católicos.⁵³

Margot Arce de Vázquez ya se había aproximado también a las características de la raza española e hispanoamericana. Consideraba al hombre español uno de acción, uno dispuesto a actuar pero no por fines prácticos, sino por fanatismo, pasión, casi haciéndolo ver como un ser irracional. La conquista de América y la Contrarreforma eran los grandes signos de orgullo español. Para Mistral, el español estaba, casi de manera inmutable, desapegado de lo material en un anhelo por lo eterno. El español, como estoico, piensa en la inmortalidad que solo Cristo, a través de la salvación, puede brindar.

La tradicional pereza andaluza se convierte por lo tanto más que en pereza, en un lujo de vida. Y ello se enlaza con otra característica española, que es la sobriedad. Esa pereza sobriedad demuestran desprecio de las cosas materiales, aprecio de lo espiritual, una riqueza íntima tan grande que no necesita de lo externo. Junto a la sobriedad, el estoicismo que está presente en la literatura española siempre, desde Mío Cid hasta Antonio Machado. Tal vez el estoicismo español explique la inmutabilidad del carácter español a través de los tiempos. En eso estoy de acuerdo con Keyserling: el español de hoy señor o mendigo, es el mismo de siempre; ni derrotas, ni fracasos han podido alterar su última esencia. Dolor y alegría tienen, para el español un sentido profundo. Tras ellos asoma la imagen inevitable de la muerte. Ningún pueblo encuentro tan percatado de la tragedia de lo tempura, pero tampoco

53. Valentin Gómez, *Felipe II: Estudio histórico-crítico* (Madrid, 1879), p. 183.

ninguno con más aguda intuicionistas de lo eterno como el pueblo español.⁵⁴

Una de las grandezas de la raza española, en ambos hemisferios, es su capacidad de mantenerse erguido, de luchar contra las penurias y los malos tiempos. El español cree en la milicia como forma de vida, siendo esto una virtud y no un vicio como algunos españoles afirmaron ya entrado el siglo XX. España es una nación con una ética tradicional que, no satisfecho con mostrarla a sus vecinos, la trasplanta a tierras bárbaras con la Cruz. Así, España será América y viceversa. La fuerza del senequismo católico moldeará, como ya demuestra el acontecer histórico, a la sociedad española en América por largos siglos. Díaz-Plaja llegó a mencionar que tanto el senequismo como el quijotismo eran elementos característicos de la literatura y la poesía de origen español.

Puesto que el senequismo español, tal como el granadino señala, no es otra cosa que un mantenerse erguido, fiel a sí mismo, en cualquier coyuntura vital, cabría hablar de una lealtad pareja en lo que se refiere a la tradición y a la Patria. En una palabra, diríamos que España se caracteriza muchas veces por realizar las mismas revoluciones espirituales que desgajan el tronco de Europa sin necesidad de seccionarse del árbol materno.⁵⁵

«España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio», dijo Menéndez Pelayo.⁵⁶ Nunca habrán suficientes honores para el más grande de los pueblos, incluso superando en

54. Margot Arce de Vázquez, *Obras completas*, 5 vols. (San Juan, 2001), IV, pp. 993-994.

55. Guillermo Díaz-Plaja, *Hacia un concepto de la literatura española: Ensayos elegidos 1931-1941* (Madrid, 1971), pp. 132-133.

56. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, III, p. 834.

proezas a nuestros ancestros romanos. España es digna heredera de Roma, como Hispanoamérica es digna heredera de España. Quisiéramos nosotros, en esta constante emulación de nuestros ancestros, ser la Salamanca de Indias. ¿Habría mayor misión histórica que la de continuar los esfuerzos civilizatorios de dos grandes pueblos universales? Todo lo debemos, desde nuestro carácter hasta nuestros rasgos psicológicos: lo bueno y lo malo. Lo que tenemos, sin embargo, bastará para cumplir con esta misión providencial. No hace falta más que la sobriedad del hombre que cree en Dios y le basta con su fe, con su convicción, para lograr lo irrealizable. Eso fue la Reconquista de la península y eso fue, tiempo después, la epopeya de 1492 en adelante.